

NOTAS

3. Un tratado nuevo de Escatología: C. Pozo, *La venida del Señor en la Gloria*

J.A. Goenaga, S.I.
Universidad de Deusto

AMATECA (Asociazione Manualistica di Teologia Cattolica), es la primera colección internacional de manuales de teología en nuestro tiempo. Internacional, porque se publica simultáneamente en siete lenguas y porque tanto el equipo director como los autores pertenecen a distintos países europeos. La colección comprende veintidos volúmenes de filosofía y teología, incluyendo dentro de ésta, además de los tratados habituales, los de: pastoral, misión, religiones, derecho, historia y doctrina social de la Iglesia. La editorial EDICEP se encarga de la publicación y difusión de AMATECA en lengua española. El tratado de escatología que vamos a presentar, *La venida del Señor en la Gloria*, lleva el número XXII de la colección y es el primer volumen que ha aparecido entre nosotros.

El P. Pozo pertenece a la Facultad de Teología de Granada y es miembro por un tercer quinquenio de la Comisión Teológica Internacional. Bien conocido en las distintas áreas teológicas, sobre todo, en escatología y mariología. En la materia que aquí nos ocupa publicó un primer manual, *Teología del más allá*, en BAC 282, a. 1968; una segunda edición en 1980, que es refundición completa del primer texto. De nuevo se editó en 1992. Simultáneamente la versión italiana de la obra ha llegado a la quinta edición. Además, en la CTI Pozo ha sido el presidente de la subcomisión (9 miembros) que elaboró el documento 1990, *Algunas Cuestiones Actuales de Escatología*, Toledo 1992. El pleno de la CTI hizo suyo el Documento «*in forma specifica*» con una amplia mayoría por sufragio escrito. El *curriculum* del P. Pozo en escatología explica su elección como autor del tratado que aquí vamos a presentar.

Estructura de la obra

El esquema del Documento de la CTI —que el P. Pozo elaboró y enriqueció con el trabajo en equipo de los nueve miembros componentes de la subcomisión de trabajo— es obviamente el de la obra, *La venida del Señor en la Gloria*. Este texto viene a ser un desarrollo y comentario cualificado del documento de la CTI.

El esquema es nuevo en los tratados de escatología. Después de una introducción, que es toma de conciencia de la situación de las verdades escatológicas en nuestro medio, se arranca de «la resurrección de Cristo y la resurrección gloriosa de los muertos... en la Parusía» (cf I-II). Se diría que es la versión teológica del kerygma cristiano, que, a su vez, suscita la fe eclesial y personal en la propia resurrección. Surge espontánea la pregunta sobre la suerte de los difuntos entre su muerte, fin de la pequeña historia de cada uno y el término de la gran historia de la humanidad. Y la respuesta es: «La comunión con Cristo inmediatamente después de la muerte» (III). Lógicamente a continuación se aborda la doctrina tradicional sobre el estado intermedio y las nuevas teorías acerca del mismo con el título: «El realismo de la resurrección en la teología actual» (IV). Para terminar lo que vamos a llamar primera parte del tratado con una conclusión-resumen, propia de la reflexión teológica y aleccionadora sobre «La antropología subyacente a la escatología cristiana» (V).

Se diría que esta primera parte, es la contemplación de la escatología desde el fin positivo de la misma, desde la resurrección de Cristo y los cristianos, abordando también la situación escatológica de éstos, después de la muerte y antes del acontecimiento de la resurrección final. El estudio conclusivo versa sobre el conjunto de la antropología cristiana, dual, no unitaria ni dualista, que parte de la escatología, pero la desborda, porque afecta a toda la reflexión teológica.

Los tres siguientes capítulos, que forman lo que llamo segunda parte, arrancan del lado de acá, de la muerte cristiana, con una breve alusión dentro del capítulo a la posibilidad de la muerte separada de Cristo (VI). Después, en la frontera entre el más allá y el más acá se sitúan y estudian las relaciones de comunión de unos y otros miembros de la Iglesia, los que peregrinan y los que ya han muerto (VII). Y de nuevo en el lado de allá se aborda «La purificación posmortal del alma para el encuentro definitivo con Cristo» (VIII). Quizá este capítulo se podía

haber colocado en la primera parte, a continuación del III. «La comunión con Cristo inmediatamente después de la muerte».

La segunda parte, por lo tanto, es también positiva, porque en la reflexión del lado de acá y su frontera se aborda: la muerte en Cristo, la comunión entre los cristianos que peregrinan con los que se purifican y los que ya han llegado al término del camino, y la purificación posmortal que es positiva como preparación para la visión de Dios.

La tercera parte del tratado, según lo contemplamos, está constituida por dos grandes reflexiones sobre la vida a la luz de la escatología cristiana. La primera aborda un tema antiguo y que hoy goza de imposición peculiar, quizá no entre nosotros pero sí en Europa y en otros continentes: "La unidad de la vida humana" que actualmente replantea la problemática de la reencarnación (IX). Y el segundo sobre "La seriedad de la vida humana a la luz de la grandeza del designio divino" (X). Designio de oferta de amistad por parte de Dios y de aceptación y también de posibilidad de rechazo por parte del hombre, es decir, de posibilidad real de condenación.

Para terminar, el tratado concluye con una recapitulación, breve y rica, a partir de la liturgia de la Iglesia: "La escatología en la liturgia" (XI). Se vuelve a mirar desde la *lex orandi*: la primacía de Cristo Resucitado, la escatología de almas, la purificación posmortal, la ordenación del estado intermedio a la resurrección de los cuerpos, etc.

La dirección del tratado es, por lo tanto, positiva, sin marginar por eso la ineludible seriedad de la escatología cristiana. Esta es, como el Adviento, esperanzada y seria; esperanzada por la transfiguración de esta vida y de su término que se contemplan en el tratado, y seria por la alternativa que se presenta durante la vida y de forma definitiva al final de ella.

Estilo, estilo interno y contenidos

La redacción es ágil, sencilla en la exposición y profunda de pensamiento. Por eso, la lectura es fácil, también para el alumno de teología. Por reunir cualidades tantas veces distantes, la sencillez y la profundidad, la obra es propia de la madurez de un autor que nos ofrece en esta ocasión su tercer tratado de escatología. Como muestras de sencillez y profundidad, sugerimos la lectura de la evolución de la mentalidad escatológica en el judaísmo (III, 3), tema tan decisivo para aclarar la escatología dual, no unitaria, en el tiempo de Jesús; el desa-

rollo existencial de la muerte (VI, 1-4); la explicación lograda del purgatorio (VIII, 2); el equilibrio pastoral del tratamiento de la condena-ción (X, 4).

Del estilo pasamos al *estilo interno*, donde aparecen los contenidos. Con ocasión de las grandes verdades de la escatología cristiana, el a. acostumbra volar por los anchos cielos de la teología. La obra es de amplios horizontes teológicos, no sólo escatológicos. Aparecen espontáneamente la erudición y la cultura teológicas. El a. piensa que: «No puede olvidarse que todo el conjunto del mensaje revelado tiene una coherencia interna. Es la 'coherencia de los dogmas'... de que hablaba Orígenes. El mensaje revelado constituye así un edificio armónico en el que no sólo todo está relacionado entre sí, sino en el que todo tiene una referencia intrínseca a lo que es el contenido central» (p.64). El estilo interno, por lo tanto, construye la escatología en comunicación con las otras partes de la teología y en referencia a sus centros de valor. Ofrecemos a continuación algunas muestras de esta armonía teológica.

- Al término del capítulo II, dedicado a la «Resurrección futura en la parusía», se presenta el «Sentido trinitario de la resurrección gloriosa [de los hombres]» (cf II, 3). La resurrección es don del Padre, ofrece una esencial dimensión pneumatológica y se centra obviamente en el Hijo, el resucitado. «A partir de la Persona de Cristo, las Personas divinas serán poseídas [por los resucitados] en el vida eterna...» (p.67). No nos detenemos en los desarrollos, que ya se sugieren en los anteriores enunciados.

- El sentido cristológico se manifiesta en que la resurrección de Cristo es causa eficiente de la nuestra, pues por Adán vino la muerte y por Cristo, nuevo Adán, la resurrección. Es causa ejemplar, fuimos hechos a imagen del Adán terrestre y rehechos a imagen del celeste, de forma que «nuestra resurrección futura es la extensión de la misma Resurrección de Cristo a los hombres» (p.32). Es también causa formal-sacramental (el término es nuestro) de nuestra resurrección, pues el Cristo resucitado se nos comunica en el bautismo, donde morimos y resucitamos con Él. Hay de «tomar la misma resurrección de Cristo como principio hermenéutico para explicar la nuestra» (cf ib. y para el tema I, 1).

- Consiguientemente la resurrección del bautismo y la resurrección en la parusía tienen sentido eclesial, porque es «comunidad de hombres espiritualmente resucitados, que está vitalmente unidos con su Cabeza que es Cristo ya corporalmente resucitado». Y la segunda hace «posible

la plena comunión, también corpórea, entre los hombres ya entonces corporalmente resucitados y el Señor corporalmente glorioso, llevando así a su consumación la comunión que había tenido comienzo ya en el bautismo» (cf p. 32s, también I, 1). El sentido eclesial se manifiesta también a lo largo de la vida de la Iglesia, por medio de «la comunión en Cristo de los fieles que peregrinan con los bienaventurados...» (VII). En el desarrollo hay observaciones muy atinadas en las que aquí no nos detenemos. Destacamos que «la comunión de los santos es, ante todo, una realidad ontológica» (p. 134b). Con LG, el a. deriva a la comunicación oracional entre los miembros peregrinantes y los glorificados. Desde la fe y la teología apremia una profundización en «la vida misma de la gracia», en cuanto se extiende, invade y reúne a los fieles del cielo, del purgatorio y de la tierra.

- Como ya se ha indicado, la liturgia recapitula el tratado (XI). En este último capítulo, se delimita bien el campo de estudio, teniendo en cuenta las posibilidades de un manual. Muy oportunamente también se acude a los textos originales, dejando constancia de la problemática de las traducciones, que se ha dejado sentir de forma especial en la escatología. Pero también a lo largo del tratado se acude con frecuencia a la liturgia de la Iglesia: a propósito de la intercesión de los santos (cf p. 134c-138a); la oración eclesial por los difuntos (cf p. 147-150); la comprensión de la purificación posmortal a partir del sacramento de la penitencia, sobre todo, en su forma antigua (cf p. 154b-155a).

- La antropología recibe un tratamiento privilegiado, al término de la primera parte del estudio (I-V), en el capítulo titulado «La antropología subyacente a la escatología cristiana» (cf V). Se desarrollan tres puntos fundamentales. El primero, que podría llamarse uno de los temas del tratado, repetido con frecuencia: la escatología cristiana, se mueve entre una antropología dualista (platónica), por un lado y el monismo materialista, por otro. Añadimos aquí, la versión ortodoxa de este extremo, a veces con ribetes heterodoxos, que es la antropología unitaria. La escatología cristiana, por lo tanto, se sustenta en la antropología dual, no en la dualista ni en la unitaria (cf p. 106-109 y 101-103). El segundo punto se centra en la antropología neotestamentaria, a la que ha precedido el estudio de la evolución de la veterotestamentaria, que también desembocó en la antropología dual (cf P. 109-111; 74-91 y 101-103).

Y, en tercer lugar, se aborda la problemática antropológica del alma separada, que se califica, por un lado, según la teología primitiva, como «medio hombre»; según San Agustín necesitada del reposo que sólo

adquiere en el cuerpo; según Santo Tomás, ontológicamente «imperfecta»; y en una palabra, según la tradición, necesitada de la resurrección del cuerpo (cf p. 109b.111-115). Pero, por otro lado, se ha de afirmar que gracias al alma separada *subsiste el mismo yo humano* en el hombre que vivió en la tierra y en el resucitado. Este «yo» participa «en el gobierno divino de las cosas, que ejerce Cristo glorificado...» (Pablo VI, Profesión de fe, 29) y, sobre todo, es capaz tanto de la visión intuitiva de Dios como de la reprobación, de forma que en el alma separada comienza ya para el hombre el cielo y el infierno. Atinada la explicación de Pozo sobre la esencialidad de la resurrección para el alma que, supuesta su situación ontológicamente imperfecta, se plenifica con el cuerpo resucitado y con los cuerpos resucitados de los demás miembros de Cristo (cf ib.).

También dentro de la antropología hay que destacar el desarrollo en torno a la dignidad del hombre libre, que conlleva la capacidad de autocondenación del mismo hombre y la consiguiente condenación por parte de Dios (cf X).

- Mención especial se merecen los *excursus* a la teología luterana, a propósito «de las premisas confesionalmente protestantes» de la «muerte total» (cf p. 97); de la no necesidad de purificación ultraterrena (cf p.153s, 158b-160a); de la doble fase de la escatología (cf p. 96), de la identidad entre comunión de los santos e Iglesia (cf p. 133) y de la actitud sobre la invocación de los santos (cf p. 136).

- No faltan sugerencias catequético-pastorales. En primer lugar, en la toma de conciencia de la situación actual de perplejidad sobre las verdades escatológicas: sentido materialista del hombre y de la vida humana, compensación en las escatologías intramundanas y la «penumbra teológica» que se padece (cf Introducción). En la misma línea catequético-pastoral, apuntamos el planteamiento existencial de la muerte (cf p. 117-119 y ss), el cuidado cristiano de los muertos (cf p.128s), el sentido de los sufragios (cf p. 144-146), la cristiana presentación del purgatorio (cf p. 160-164), el equilibrio ya notado en el desarrollo de la posibilidad real de condenación (cf X, sobre todo, 200-207) y la advertencia sobre la predicación en tantos funerales, en los que parece asistirse a la «canonización» del difunto. El a. insiste con razón en el «misterio» que rodea al «destino concreto posmortal de cada hombre», teniendo en cuenta nuestra condición pecadora, la misericordia y el juicio divinos (cf p. 207).

- Por último, notemos que el P. Pozo está atento a los temas de interés peculiar hoy en un texto internacional, como son el espiritismo y la reincarnación (cf p.138-144 y IX).

Algunos interrogantes

Temas como la parusía, la vida eterna (visión, bienaventuranza) y la condenación eterna han sido tratados y profundizados en *Teología del más allá*. ¿Y por qué no *La venida del Señor en la gloria*? Excluimos el estudio amplio y rico sobre la dimensión cristológica de la visión en «El sentido trinitario de la resurrección gloriosa» (cf p. 65-67; también 196). Es probable que el a. haya tenido que elegir para no sobrepasar la extensión deseable de la obra. De todas formas, los interrogantes propuestos quieren sugerir la revisión de las ventajas y desventajas de la opción tomada para futuras ediciones.

Formulamos un último interrogante, semejante a los anteriores respecto al juicio de Dios sobre cada ser humano y sobre la historia de la humanidad. Pozo trata del juicio universal y del particular, a propósito del valor de la vida humana, abierta a la amistad divina y capaz de rechazarla (cf p. 198s). El tratamiento es muy válido. Vuelve al tema de la mediación de la luz de Cristo, no sólo para la visión, sino obviamente también para que el hombre pueda «percibir la objetiva valoración de su vida», penetrando en el misterio de la piedad y en el de la iniquidad, pues sólo en Dios se valoran adecuadamente la virtud y el pecado. ¿Pero son suficientes para el tema del juicio dos párrafos bien perfilados?

Conclusión

En el título de esta presentación se afirmaban la «internacionalidad» y la novedad del tratado. A la primera se ha aludido al comienzo. De la segunda, decimos después de la presentación del libro, que el tratado es nuevo, aunque no novedoso. Nuevo por la estructura y nuevo por los horizontes teológicos en que se mueve. No es novedoso porque no alude a los temas clásicos de la escatología. Ni debía ser novedoso, porque esos temas responden a las grandes verdades escatológicas y a los grandes interrogantes del hombre de unos y otros tiempos que el a. trata con equilibrio, hondura y sentido cristiano.

— Felicitamos al P. Pozo por su obra, a los responsables de la colección por la tarea emprendida y, en particular, por la internacionalidad de los autores de los tratados. Es muy deseable la difusión del texto presentado entre los estudiosos y los estudiantes de teología.